

«RECUERDOS DE MI VIDA»

Escritos autobiográficos de María Félix Torres
(1907-1944)

Estudio preliminar y notas

M.^a CRISTINA PAREJO GONZÁLEZ DE CASTEJÓN, C. S.

Con licencia de la Superiora General (Mayo, 2006).
Con licencia del Arzobispado de Madrid (Octubre, 2008).
De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, en
nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.

Autor: María Félix Torres.
Maquetación e Impresión: F.G.C.
Diseño de portada: Teresa Carbonell Ximénez.
Depósito Legal: M-59077-2008
ISBN: 978-84-612-8885-4
Madrid, 2009

PRESENTACIÓN

Búsqueda intrépida de la voluntad de Dios

He tenido el privilegio de tratar espiritualmente a la Madre Félix en su madurez durante muchos años. Y siempre tuve la impresión de encontrarme ante una persona de categoría superior, una mujer extraordinaria en su mente, en su grandeza de corazón, en su visión de las cosas, en su elevación de espíritu, en su amor a Jesucristo y a San Ignacio, en su entrega sin límites, en su fidelidad a un carisma que le trajo muchos rompecabezas y problemas, pero al que se mantuvo fiel toda su vida, a través de muchos sufrimientos y también de muchas alegrías que el Señor le concedió.

Siendo una mujer excepcional, por encima de todas sus cualidades humanas conservo en mi memoria la imagen de una persona entregada a Dios: *de una mujer de Dios*. Eran notables su sencillez de espíritu, su bondad y su intimidad con el Señor, que le hacía muchas veces prorrumpir en lágrimas que se deslizaban por su rostro al hablar del amor de Dios. El amor de Dios era su tema predilecto; al amor y a la gloria de Dios se entregó desde su juventud con toda su alma.

Dios le había dotado de una gran capacidad de amar: empezando por su familia, se enternecía con el recuerdo de su

padre y su trato con él en torno a la vocación; era *unum* con la Madre Aige, con sus compañeras, alumnas, colaboradoras... Pero no se trataba de un temperamento dulce y blandengue: tenía un carácter fuerte, que en ocasiones le llevaba a exabruptos de los que luego se dolía, pues podían ser duros con las personas a las que reprendía; siempre le servían de humillación y pedía por ellos perdón.

Un alma entregada sin fisuras. Un alma llena de bondad y de sentido común, de amor a todos, que entraba en las personas y que en una sencilla conversación era capaz de tocar los corazones y ganarlos con su delicadeza, con su amor, con su bondad, con su inteligencia superior.

«Recuerdos de mi vida». Un alma que aparece fielmente retratada en estas páginas, escritas por ella misma. Si tuviera que resumir en una sola palabra el contenido de estos apuntes autobiográficos de la Madre Félix, hablaría de una *búsqueda*, porque lo que aparece en estos «Recuerdos de mi vida» es un *itinerario de búsqueda intrépida de la voluntad de Dios, de la mayor gloria de Dios*.

«Recuerdos de mi vida», dentro de esa *búsqueda*, nos muestra también un *itinerario de conversión*. En un alma naturalmente recta la acción de la gracia actúa como la gota que cae en la esponja, sin hacer ruido. En el caso de María Félix, una niña con ribetes de vanidad, de independencia y libertad —incluso de los pañales prietos—, de inclinación al poder, la alcurnia y la ciencia, llega a convertirse en una mujer pobre, desprendida, hasta exteriormente descuidada. No se trató de un golpe de gracia instantáneo, a la manera de Saulo. Su conversión se fue realizando casi sin sentir, aunque en momentos puntuales intervenga la acción destacada de la gracia.

La evolución interior se realiza en el Colegio «La Enseñanza», de la Compañía de María. En él, de manera

insensible, la Madre Félix comenzó a «saborear y gustar el tesoro que iba descubriendo». La vida de las monjas de la Compañía de María, su entrega y dedicación en la labor educativa y, sobre todo, el testimonio de una pobreza abrazada por amor a Jesucristo, causaron en ella una honda impresión. En ese ambiente de vida espiritual impregnado de espíritu ignaciano, fue conociendo un estilo al que se iría aficionando más y más con la lectura de autores jesuitas. Ese espíritu la fue invadiendo y conquistando. Y la culminación de este proceso de conversión vino con la experiencia de aquel Jueves Santo de 1922, cuando «irresistible y dulcísimamente atraída por el Señor», se entregó a Él para siempre, ¡con catorce años!

Desde entonces, será ésa la orientación de toda su vida. Constituirá su camino de maduración interior y exigirá a la Madre Félix un continuo discernimiento, necesario para que el Señor pudiera realizar en ella lo que era su agrado.

En este proceso de búsqueda destacan de manera singular su tenacidad y constancia, que no sucumbe ante las dificultades. Cuando abre la «Academia Nueva» y se entrega a una vida de penitencia extremosa que minará su salud (a la manera del mismo San Ignacio), tiene apenas veinticuatro años. A las objeciones de los médicos, responde: «Estoy cierta de que mi vida es de Dios y de que las cábalas humanas fracasarán siempre». De sus propios errores aprenderá más tarde a conducir como buena pastora el pequeño rebaño que el Señor le confió.

Ella misma no siempre encontró las ayudas exteriores adecuadas, y su afán de buscar dirección espiritual con jesuitas constituirá, en momentos concretos de la búsqueda de su vocación, un verdadero problema y una fuente de tensiones. El episodio del pastor protestante, a quien escribe en una época de desolación y tentaciones con su intención «liberadora», nos

muestra hasta qué punto pudo ella sentirse presionada por aquellos que tenían la responsabilidad de ayudarla. La dura respuesta de su director («Te condenarás») pudo haberla llevado a la desesperación, pero el Señor la conducía, supliendo con su gracia las deficiencias humanas. ¡Cuántas veces pudo ella recurrir en su vida a las palabras del salmo: «El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas»!

Las notas autobiográficas de la Madre Félix nos transmiten también *su estilo ignaciano de búsqueda*. En el momento cumbre de establecer la nueva asociación y decidir su nombre, «Compañía del Salvador», sigue paso a paso el modelo de San Ignacio con sus primeros compañeros, recurriendo al fin a la confirmación divina o de su director espiritual. Está abierta a las intervenciones divinas, que pueden marcar el camino.

Desde muy joven estuvo familiarizada con la comunicación de Dios. Aparecen en sus escritos diversas experiencias de oración infusa: Primera Comunión, Jueves Santo, perderse en la adoración, momentos de oración extática en los que se siente invadida, «abismada en Dios», sin darse cuenta de cuanto sucede a su alrededor, y va creciendo en su alma la devoción y el conocimiento del misterio eucarístico. Al mismo tiempo, la Madre Félix no esconde que, aun después de esas gracias, venían momentos de oscuridad e incluso de flojera, aunque nada de esto se trasluce en su vida exterior, marcada por su entrega al apostolado.

En efecto, su caridad y su apostolado no cesan, a pesar de las oscuridades. La gloria de Dios y la salvación de las almas, que ella sintió, gustó y quiso siempre, la impulsan a lo largo de su vida a distintas iniciativas, consecuencia lógica e inmediata de *una determinación deliberada*: «Decir a Dios que sí a todo cuanto Él quisiera, y siempre, por puro amor, por ser voluntad de Él;

ser toda de Dios, sin reservar nada, para siempre, sólo para que Él se complazca». La actividad apostólica de la Madre Félix, con una visión realista y eficaz que no se detiene en cosas sin importancia, era participación del Corazón del Buen Pastor, que ve a las ovejas perdidas y le da lástima de ellas. La catequesis en los barrios obreros, su apostolado entre los compañeros de Universidad, la educación de la juventud y la fundación de la Compañía del Salvador, sólo pueden entenderse desde un amor ardiente a Jesucristo y una entrega ilimitada en sus manos, a través de la Iglesia.

En su discernimiento para decidirse a escribir estos «Recuerdos», hace mención de que «me sobrecoge esa voz que sin ruido de palabras hace vibrar toda mi alma: “¿Y la gloria de Dios?”». Se da cuenta de que el Señor tenía dos maneras de pedirle lo que quería de ella: «Una, por medio de inspiraciones y buenos deseos, pero me deja en libertad de hacerlo o no hacerlo... Otra manera es muy especial: se apodera Él totalmente de mi alma y de mi espíritu y hace de mí lo que quiere».

El *espíritu ignaciano* impregna todo este proceso de búsqueda. La Madre Félix tuvo en San Ignacio el desahogo de su corazón, y en numerosas ocasiones identifica la Compañía de Jesús con el mismo San Ignacio. Ella, que tanto amaba a su padre natural y tanto sufrió su incompreensión ante el camino que le marcaba el Señor, encontró en San Ignacio un verdadero padre y le correspondió con todo su genio. Cuando yo la conocí, la Madre manifestaba una personalidad serena, penetrante. Tenía una cierta *claridad* en su persona, propia de quien ha encontrado en el Corazón del Señor su lugar predilecto para descansar. Ese descanso en el Corazón del Señor fue moldeando en ella la misma actitud de entrega generosa a los demás, de manera aún más delicada.

La obediencia de San Ignacio, que ella tanto cultivaba y promovía en la Compañía, fue el camino por el que el Señor la

fue llevando para realizar en su vida ese ideal de la mayor gloria de Dios, con la inmolación verdadera de todo su ser. Con San Ignacio buscaba «en todo amar y servir a su Divina Majestad», y con San Ignacio decía y vivía el «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad... Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad».

LUIS M.^a MENDIZÁBAL, S. J.

Toledo, 25 de marzo de 2007

Solemnidad de la Anunciación del Señor